

La Virgen de los Alfileritos.

LEMA: Fe y amor.

(MENCIÓN HONORÍFICA)

Entre el confuso laberinto de calles del Toledo romántico, hay una muy visitada por extranjeros y turistas. Es la «Calle de los Alfileritos». A primera vista, nada tiene esta calle que no pueda encontrarse en otras muchas de la Imperial Ciudad. Es angosta, desigual, tortuosa y lóbrega, como tantas de Toledo, y como casi todas, tiene el aire señorial y de nobleza, que le prestan sus blasones y escudos de piedra, que campean con gallardía en las bellas portadas renacentistas de las viejas casonas. Únicamente, al terminar la calle, hay una nota de mística poesía. Colocado en un nicho, que existe a poca altura de la acera, hay un retablito barroco, con una pintura en que se representa a la Virgen de los Dolores. Una reja, provista de tela metálica, protege el improvisado santuario, al par que facilita al transeunte la contemplación de la imagen y el que pueda depositar sus ofrendas y limosnas. Y un tejadillo de madera, parece destinado a defender de las inclemencias del tiempo a la persona que se detiene para rezar ante la Virgen, que se anuncia al viandante con encantadora sencillez, por la inscripción cobijada bajo su clásico tejadillo: «Mater Dolorosa».

Cuando por vez primera pasé por esta calle, me llamó la atención, al contemplar la imagen, el sinnúmero de alfileres, que alternando con algunas monedas de cobre, yacían esparcidos en el fondo del nicho en que se halla la Virgen. Quedé pensativo ante tan singular ofrenda, pues desconocía su significado e intención. Pero cuando me hallaba más absorto, vino a sacarme de mi ensimismamiento la caída de un nuevo alfiler en el interior del pequeño santuario, a donde acababa de lanzarlo una delicada

mano femenil. Era una linda muchacha toledana, de faz morena y de rasgados ojos, que me lanzó, al volverme, una ruborosa mirada acompañada de una grácil sonrisa. Dejéle mi puesto, tras un saludo respetuoso, para que se aproximase a la imagen, y yo me detuve silencioso como un homenaje a su belleza. Hizo ella como si rezara, y aun puede que lo hiciese, y cuando intentaba marcharse, interrumpiendo la muda escena, la detuve yo con un ademán de cortesía, para preguntarle qué significaban aquellos alfileres esparcidos ante la imagen de la Virgen.

—¿.....?

—Eso todo el mundo lo sabe. Y a buen seguro que usted también, sino que quiere distraer sus ocios haciéndomelo decir a mí.

Dije yo entonces que era forastero y que jamás la fortuna me depararía otra ocasión más feliz que aquélla, para oír de tan divinos labios lo que desconocía y deseaba de todas veras saber. Y al oír, tal, aquella belleza toledana, con todo el candor de sus años juveniles, y tiñéndose sus mejillas del más puro carmín, me dijo que aquellos alfileres que tenía la Virgen eran ofrendas que hacían las toledanas para que les concediese un buen esposo. Dibujóse en mis labios una sonrisa de piadosa incredulidad, y antes de que pudiese proferir palabra alguna, hubo de atajarme así mi linda desconocida:

—¿Qué, no lo quiere creer? ¡A cuántas ha casado en Toledo esta Virgencita!... Pero, en fin, yo tengo prisa, porque ahí llega mi abuelo, a quien me adelantó para venir a rezarle a la Virgen. Si quiere usted saber lo que puede esta Virgen, mi abuelo podrá contarle una historia, que cuando la conozca usted, le ayudará a comprender cuanto le he dicho.

Y aquí llegó el abuelito de aquella sílfide del Tajo, y tras la presentación, y después de ofrecerle mis respetos, solicité de su bondad el que me refriese aquella historia, que ya me había anticipado la muchacha. Accedió gustoso el viejecillo, no sin antes reír de buena gana por la ocurrencia de la nieta, y todo cuanto me contó, os lo traslado aquí, como él lo dijo.

* * *

No lejos de la «Virgen de los Alfileritos», en el típico callejón de los Gigantones, vivía, en tiempos, Marta, joven huérfana de una belleza delicada y espiritual, que atesoraba, además, esa

bondad sin límites y esa resignación suprema, propias de las almas superiores, únicas que aciertan a pasar por la vida sin odios y sin amarguras.

Sólo poseyendo ese temple espiritual puede explicarse el que la joven, tan buena como desgraciada, sobrellevase con cristiana humildad, y hasta con alegría, la carga que le había impuesto la vida, pues desde hacía tiempo había quedado sin madre y al cargo de dos hermanitos menores, a quienes procuraba el sustento, con su trabajo, y atendía a su educación con singular esmero.

El padre de Marta, deslumbrado por la leyenda áurea del nuevo mundo, por entonces todavía inexplorado, partió para América, ávido de fortuna, cuando la niña contaba pocos años. Al principio debió de sonreírle la fortuna, pues así lo dejaban entrever sus noticias con los envíos que hacía a la familia; pero todo esto hubo de cesar, al cabo de algún tiempo, terminando por no saberse nada de su paradero.

Pobre y triste quedó Marta en el mundo al perder a su madre. Sin embargo, dos cosas alientan su existencia y la estimulan a vivir. Una, es la tierna esperanza de volver a ver a su padre, a quien llora muchas veces por muerto. La otra, la constituyen aquellos desdichados hermanitos, cuya custodia y amparo le encargara, suplicante, su madre moribunda. Y así, el yermo de su vida, convertíase en espléndido vergel, fecundado por el hálito divino de una esperanza y de un amor.

Sufre y trabaja la huérfana en aras de un santo ideal, sin que el lujo ni el fausto mundanales la deslumbren, ni la serpiente insidiosa de la vanidad y del pecado, vierta en su alma virginal la ponzoña que aniquile su virtud. Era, en medio de la pobreza y del abandono, como la gaviota, que después de desafiar intrépida las tempestades de aquel mar proceloso de la vida, surgía, del revuelto oleaje de las pasiones de aquellos tiempos, con la inmaculada blancura de la inocencia y el candor. Caballeros e hidalgos, galanteadores de oficio, hubo en Toledo, que pusieron a prueba, en repetidas ocasiones, la inconmovible firmeza de aquella beldad toledana. Pero ni el oro de sus escarcelas, ni la música engañosa de las palabras, juramentos y promesas, que desgranaban en su oído los taimados galanes, lograron apartarla del camino emprendido, que aunque sembrado de abrojos, transformábase en una senda florida con el trabajo y la honradez.

Pero llegó un invierno cruel, como tantos inviernos toledanos. La nieve cubrió las calles de la ciudad con un blanco y espeso sudario. Las torres y espadañas, cúpulas, agujas y cresterías de sus vetustos monumentos y edificios, destacando en un cielo plumizo su nivea blancura, daban a Toledo el aspecto imponente y fantástico de un ingente mausoleo. No transitaba un alma por las angostas calles toledanas. La nieve, con su estéril belleza, imponía a la ciudad un lúgubre silencio y un tétrico quietismo. El tráfico había paralizado su aleteo vital, y el trabajo, alma y vida de los pueblos, huyó también de la histórica ciudad aquellos días.

Marta, refugiada con sus hermanos en su pobre vivienda, veía, asimismo, agotarse sus últimos recursos con el trabajo vivificador que huyó de aquella casa con el frío. Nadie llamaba a su puerta para darle trabajo. Aquellas veladas en que rodeada de sus hermanitos, trabajaba con fe y con ahinco bordando con primor jubones, ferreruelos y dalmáticas, se habían transformado en horas de tedio interminable, hijo de la forzada inacción. «¡Paciencia!—decía siempre ella—; las penas alternan siempre con las alegrías, como las estaciones se suceden en el año.» Y al mismo tiempo, al recordar las fábulas que solía referirle su madre, cuando niña, acababa por pensar: «Tengamos firmeza. El caracol llegó a escalar la altura inaccesible del águila, arrastrándose paciente-mente días y días. Y la araña, tenaz, reconstruye en seguida la tela que le arrancan. Yo seré como ellos, pues no hay trabajo que con virtud y constancia no alcance recompensa.»

Mas el trabajo, que tanto ansiaba la huérfana, no llegaba y el invierno seguía, implacable, desencadenando sobre Toledo sus rigores. Un día angustioso, en que Marta no tenía ya pan que dar a sus hermanos, devanaba sus pensamientos detrás de los cristales de su reja. Un viento glacial traía en confuso torbellino los copos de nieve, depositándolos con extraña simetría entre los barrotes de la reja. La joven miraba con tristeza las cuajosas vedijas de la nieve, como si cada una de ellas fuera un coágulo de amargura que se depositase en su alma. No había salvación; sus deseos y su voluntad se estrellaban y crujían, como débiles cañas, ante la férrea armadura del destino. Fija su vista en la entrada del callejón, descubrió la figura de Crisanta, una vieja parlera y ladina, que bien pudiera pasar por una de las Parcas, en cuanto a su físico, pero que a pesar de su repugnante figura,

llevó al alma de la huérfana un rayo de esperanza, que disipó por un instante sus tristes augurios.

Era esta vieja la providencia para Marta, pues sin saber de qué modo se las componía, era siempre la encargada de llevarle abundante quehacer, que según ella, le proporcionaban los más grandes señores de Toledo. La joven estaba muy agradecida por las asiduidades de Crisanta, quien pagaba además con suficiencia el trabajo que llevaba. No es de extrañar que en aquella ocasión viera la muchacha el cielo abierto, al acercarse a su reja aquella trotaconventos. Abrió rápidamente los cristales, pero pronto se convenció Marta con dolor, de que aquel día, la vieja, no traía su acostumbrado hatillo con la labor.

—¡Qué largos se me han hecho los días que he esperado su visita, Sra. Crisanta! Y, al fin, no me trae hoy labor vuesa merced.... ¡Dios me proteja!

—No hay que apurarse, hija mía—dijo la vieja—; cierto, que los tiempos andan malos, y el trabajo escasea, pero para los querubines como tú, siempre habrá medios cumplidos de salvar cualquier situación embarazosa....

La joven miró con fijeza a la harpía, sin penetrar en la intención de las palabras que acababa de pronunciar. A las cuales añadió la taimada vejestorio:

—Precisamente, venía a decirte hoy, que no te puedo traer ya más tarea, porque....

—¿Quizá no gustó lo último que hice?—interrumpió la huérfana.

—No se trata de eso, ni mucho menos. Es que yo prometí servir en cierto negocio de amor, relacionado con tu sin par belleza, a un galán, muy señor y de muchos doblones. Pero la verdad, hija, el caballero tiene ya abarrotado su guardarropa de ferreruelos y jubones, que tú has bordado, a cada uno de los cuales correspondía un billetito amoroso, que yo debía hacer llegar a tus manos, pero que yo no te entregaba, conocedora de que eras una esfinge. Agoté los pretextos, con las ocasiones que se han sucedido, sin que ese bendito señor, logre de tí una respuesta a sus pretensiones. Y hoy ya púsome fin a sus dádivas, si no te entregaba este papel, que para mí es la vida, porque mi bolsa anda ya más ayuna que vientre de dómine.

Dejóse caer con desaliento la joven sobre los barrotes de la reja, mientras rechazaba con dignidad el papel que le largaba la

endiablada vieja. Pero como a los ojos de ésta, no era el mundo otra cosa que una lonja de contratación, en donde las conciencias andan siempre sobre el mostrador, prestas a venderse a la mejor oferta, miró desdeñosamente a la huérfana, y alejóse diciendo:

—¡Válgame el Señor! Y en qué poco aprecian la vida las muchachas de hoy. Por ese camino no haces más que condenar a muerte a tus hermanos. Haz como te plazca; pero ten en cuenta que la vida es brillar y ver brillar a los demás; para eso nacimos. Con que, ahí te quedas, que yo voy a ver si encuentro algo de plata con qué poder forrar la faltriguera.

«¡Ah!, vieja fementida, servidora de Satán—pensaba Marta—tú no puedes comprender que hay muchas cosas peores que la muerte. No es esta la mayor desgracia que puede sucederle a una persona. La muerte ennoblece si uno ha cumplido con su deber; es la deshonra la que hace terrible a la muerte.» Pero al mismo tiempo que pensaba todo esto, resonaban en su oído, fatalmente, aquellas palabras de Crisanta: «Vas a condenar a muerte a tus hermanos.» No, eso tampoco; moriría primero ella si era preciso. Pero moriría como los héroes anónimos de esta ruda batalla de la vida, después de cumplir con su deber, que es cubrirse de gloria. Y enjugando su llanto, y cubriendo apenas su rostro con un ligero velo, salió aquella tarde de su casa, la joven, decidida a buscar trabajo o a implorar la caridad, para llevar a sus hermanos el pan que habían menester.

Antes de emprender su dolorosa odisea, quiso Marta fortalecer su espíritu, postrándose ante aquella imagen de la Virgen de los Dolores, a la que tantas veces rezara desde niña.

Aquella virgencita era para la huérfana el oráculo del porvenir, cuando surgía algún conflicto ante el camino de su vida. Todos los días, al salir del callejón en que vivía, visitaba la típica hornacina de la calle de Alfileritos, en donde mora la Dolorosa, que ahuyentó siempre las penas del corazón y llevó un poco de ventura al humilde hogar de la muchacha.

La tarde era inclemente. La ventisca azotaba sin piedad el rostro de Marta, hecho de nácar y marfil. Sus pobres vestidos, agitados en todas direcciones por el viento, hacían de la joven el personaje de la tragedia. Chapoteando en los lodazales, que dejaba la nieve al fundirse, desembocó al fin en la calle de Alfileritos, y cuando pretendía cruzar la calle para llegar a la hornacina de la Virgen, una lucida comitiva de criados y doncellas, ro-

deando una silla de manos, detuvo a la muchacha para que no estorbara el paso de la dama que allí era conducida. Enfatuada por su rango, aquella damisela, D.^a Aldonza de Cepeda, resultaba el ser más altanero y vanidoso, al par que inútil. Al pasar dirigió a Marta una mirada de desprecio y ordenó aligerar a sus criados, por si la joven intentara impotunarla con alguna petición. La muchacha, a pesar de que la vida le era tan hostil, contentóse con pensar de aquella mujer lo que, Andersen, refiere que pensaba la vela de sebo de una ostentosa bujía de cera: «Fastuosa es, en efecto, tu existencia, lo reconozco. En cambio yo sé muy bien que soy pobre y vulgar. Más distinguido es ser de cera que de sebo, pero nadie en el mundo está en el caso de escoger su nacimiento. Si tú te pavoneas en el salón, el lugar que a mí me asignan es la cocina, y no es tan despreciable la cocina, porque sin ella, ¿qué sería la vida?».

Acercóse, por fin, Marta, resignada, al típico santuario de la Virgen de los Dolores, y comenzó a rezar llena de fe. Los ojos de aquella Virgen, anegados en llanto por el dolor moral, parecían transfigurarse para tender a la huérfana una mirada de inefable ternura, que parecía decirle: «Ten valor, tu madre te sonríe desde el cielo. ¿No sabes tú, que las madres, aun después de muertas, velan por los hijos que dejaron en la tierra? Tu padre, tampoco se olvidó de tí. ¡Quién sabe si no está lejos el día en que sepas de él, y sea para tí, su memoria, salvadora!». Así le decía la Virgen aquel día, como en otros muchos. Y, sin embargo, se sentía más sola que nunca.....

Largo rato llevaba ya la pobre muchacha, como en éxtasis, en medio de las inclemencias de aquel atardecer invernal, en que el crepúsculo, ya avanzado, amortiguaba la luz de una manera continua. Hizo un alto en su oración y volvió instintivamente la cabeza. Una persona se hallaba a pocos pasos de ella. Era un peregrino que se había parado ante la imagen para rezarle.

Marta, interrumpida su oración, hizo ademán de alejarse, pero aquel peregrino, que llevaba algún tiempo contemplándola, la detuvo diciéndola:

—Perdonad, hermosa joven, ¿me haríais la caridad de decirme si aún sigue viviendo en esta calle D. Lope de Cepeda?

--Sí, tal. En el extremo de la calle veréis una casa de amplia portalada, con escudo blasonado, y que por la librea de los criados delata la nobleza de sus dueños; esa es la morada de doña

Lope de Cepeda. Pero venís, quizá, de lejanas tierras, y, por lo que veo, cansado y aterido de frío. Yo soy pobre, señor, pero os ofrezco un albergue, limpio y honrado, aunque sin pan.

—Que sóis cristiana y de corazón noble, bien lo pregonan vuestros hechos y palabras. Dios os lo premie. Pero, ¿por quién rezábais tan contrita que no sentisteis cuando me acerqué?

—Rezaba por mí y por los que me hacen mal. Hoy es un día aciago para mí. No tengo trabajo ni pan que dar a mis pobres hermanos, a quienes sustento y dirijo desde que perdí a mi madre y dejé de saber el paradero de mi padre, que años há, marchó a América en busca de fortuna. ¡Oh, si mi padre viviera aún!... Yo no pierdo la esperanza de saber de él. La Virgen de los Dolores, en quien tengo puesta toda mi fe, me asegura que sabré noticias de mi padre.

—¿Y no hacéis ninguna ofrenda a la Virgen, niña angelical?

—Señor, tan pobre soy, que no puedo ofrecer a la Virgen más que un corazón puro, traspasado por el dolor, y este mísero alfiler que sujeta mi velo.

—No importa. La felicidad llega a nosotros si se persigue con fe y con amor, por nimias que sean las ofrendas.

Y Marta, mirándose en los ojos de aquel hombre joven, de suaves facciones y acento persuasivo, deslizó en la hornacina de la Virgen su alfiler, con la misma fe que si obedeciera a la palabra de Dios.

Alejóse el peregrino por la estrecha y torcida calle toledana, mientras la joven seguía sus pasos con la vista. Y ella también dejó a su virgencita para buscar, ya más esperanzada, el sustento de su pequeño hogar.

Anduvo horas enteras por Toledo, arrostrando los rigores de una noche infernal, de nieve y de granizo. Mas en vano, porque todas las puertas se habían cerrado para ella. Sin embargo, se sentía más animosa que nunca; lucharía con brío y vencería.

Algo había de divino en las palabras de aquel desconocido peregrino: «La felicidad llega a nosotros si se persigue con fe y con amor.»

Y al penetrar aquella noche en su casa, pensando en la triste situación de sus hermanitos, vió con asombro cómo éstos le mostraban su mesa llena de viandas y un bolsillo, con dinero, que, en su ausencia, había dejado un criado desconocido. ¿Era la Virgen quien así le pagaba, con creces, la ofrenda del alfiler?

Marta así lo creyó, y prometió con emoción de cristiano fervor, repetir la ofrenda de aquel atardecer.

* * *

Era D.^a Aldonza, la hija de D. Lope de Cepeda, una muñeca mimada, caprichosa, displicente y llena de vanidad. Su belleza, que no era escasa, hubiera resaltado más, a no verse deslucida por sus cualidades morales, que la deprimían tanto, cuanto más crecía su altivez. Esto explica, también, el que ninguno de los caballeros toledanos, en condiciones para ir al matrimonio, quisiese unir su suerte a la de aquella Circe toledana. A más de que se decía por Toledo que, a pesar del aparato y fastuosidad que desplegaba la noble doncella, tenía asaz mermado su patrimonio, porque D. Lope, su padre, había sacrificado gran parte de su hacienda en figurar en la Corte.

Lo que sí se sabía con certeza, era que D.^a Aldonza cifraba todas sus esperanzas en unirse en matrimonio con un doncel, primo suyo, que años há había partido con un buen cargo para América, en busca de mayor fortuna que la que podía depararle la Corte de España. El sueño dorado de D.^a Aldonza era su casamiento con el primo. Pero, ¡ay!, que hace algún tiempo que la niña está preocupada, porque su anhelado futuro ya no expide correos, como antaño, y siente que su presa se le escapa. Y como ella es creyente, a su manera, y es de carácter ostentoso y vano, tiene fe en aquella Virgen Dolorosa de su calle, pero ejercita la piedad como el fariseo de la parábola, depositando en la hornacina de la Virgen ofrendas en dinero y cuando hay más personas que la atisban. Aldonza, busca un marido por mediación de la Virgen, y cree obtenerlo más pronto, pagándolo a más precio.

La noche antes había llamado a su puerta un peregrino, a quien D.^a Aldonza, trató con el mismo desprecio con que acostumbraba a hacerlo con todos los inferiores. No quiso atenderle ni escucharle, y terminó arrojándole de su casa con los criados. Lo único que le preocupó a nuestra damisela, altanera, fueron las últimas palabras del peregrino: «Me excusáis, señora, el daros el encargo, tan decisivo para vuestro porvenir, que de lejanas tierras traía. Quedad con Dios, puesto que rehusáis lo que tanto habéis anhelado. ¡Lástima que una belleza como la vuestra no se vea realzada por el aderezo de la humildad!» Un sueño cruel la

atormentó en su lecho aquella noche: su primo regresaba de América cargado de oro, de pedrería y sedas; trae un galeón que es un tesoro. Pero llega a Toledo, pasa ese tesoro ante los ojos de D.^a Aldonza, y se desvanece todo como el humo. Ni el tesoro ni el primo es para ella.

Lo que tardó en llegar el día, tardó D.^a Aldonza en echarse a la calle para ver a la Virgen y reiterar sus ofrendas interesadas. Muy de mañana visitaba también el santuario de la calle de Alfileritos, Marta. Allí se encuentra contrita y jubilosa, pues también ha soñado que la felicidad se acerca, al fin, a ella. Su padre le envía un tesoro, que pone en sus manos un mancebo apuesto y gallardo. El amor ha llamado, en sueños, al corazón de la huérfana. Ya reza con fe y con amor, como le dijera el peregrino.

Cuando mayor era el arrobamiento con que rezaba Marta a su virgencita, se acerca D.^a Aldonza, anhelante por depositar su ofrenda, cuanto antes, en el santuario. Bruscamente separa a la huérfana de la reja. ¡Cómo estorbarle el sitio aquella miserable criatura! Pero Marta no renuncia a depositar su humilde ofrenda, el mísero alfiler, y lo introduce por la rejilla, mientras Aldonza, con risa burlona y llena de altivez, arroja a la imagen una moneda de oro, diciendo:

—¿Crees, infeliz, que con tan mísera ofrenda te harás oír de la Reina de los Cielos? Muy lejos está el día en que sea atendida tu demanda.

—Señora, un alfiler vale todo el oro del mundo, cuando lo ofrece un pobre con toda la fe de su alma y con todo el amor de su corazón.

Cortó la escena una mirada desdeñosa de la altiva heredera, en tanto que la huérfana introducía en la reja un nuevo alfiler, resignada y contenta, y volvía a rezar como el publicano de la parábola, mientras se alejaba Aldonza, sin poner nada de su corazón, y esperándolo todo de sus dádivas.

.....

Pasaron algunos días después de esta escena. Durante todos ellos, un criado de rica librea, fué llevando a Marta y a sus hermanos viandas, dinero, vestidos y otras muchas cosas, de parte de su señor, que no se había dado a conocer.

Habían cesado los rigores del tiempo en los pasados días. La nieve abandonó a Toledo, y al cielo plomizo sustituyó el puro

turquí de la hermosa bóveda, que cubre de ordinario a la legendaria ciudad. En un atardecer de rosas y nácar, en que el sol se había despedido envolviendo en ascuas de oro los venerables y artísticos monumentos de la Imperial Ciudad, Marta soñaba detrás de los cristales de su reja. Su plácida existencia realzaba su hermosura, pareciendo, al envolverla la luz crepuscular, una Virgen del Tiziano. El ensueño iba a trocarse en la más bella realidad.

Un confuso rumor, con el que se mezclaban las exclamaciones de asombro de los vecinos, sacó al fin a Marta del dulce arrobamiento. Y un lucido cortejo de criados, con ricos presentes, avanzó hacia su vivienda, mientras de una espléndida carroza se apeaba un caballero, ricamente ataviado, joven y gallardo. Pide licencia a Marta para penetrar en su vivienda, y ella accede confusa y llena de rubor, sin acertar a explicarse la presencia de una visita de tan alta alcurnia. Pero aquel caballero de tan extraordinaria apostura y bizarría, le dice que viene a hacerle entrega de un tesoro que le pertenece a ella, porque fué de su padre, fallecido en América, quien le encargó que lo pusiese en manos de su hija, en Toledo. Y como el caballero se encontraba obligado al padre de Marta, por haberle salvado la vida allá en las Indias, prometió velar por su hija, como homenaje de gratitud.

Fuó de ver la algazara y las aclamaciones de entusiasmo de los vecinos, que habían invadido la vivienda de Marta, al escuchar tales manifestaciones. No era esto de extrañar, pues la muchacha cautivaba a quienes la conocían por su belleza y su vida ejemplar. Ella no daba crédito a cuanto oía ni veía, llegando su turbación al máximo con aquellas pruebas de afecto que le tributaban. Cuando se hizo el silencio, el gentil caballero se dirigió de nuevo a Marta, y dijo así:

—Ahora, hermosa niña, yo me atrevo a pedirlos, a cambio de este tesoro que os entrego, otro, que sólo está en vos el concedérmelo, pero que para mí vale por todo el oro que se oculta en las entrañas de la tierra, puesto que es mi felicidad. Poseo el oro y la plata de los más ricos filones de América, con las piedras preciosas más estimadas de aquellos remotos confines. De todo ello dejé repleto un galeón, anclado en Lisboa. Pero todo eso nada vale comparado con el tesoro de vuestro corazón, del que desearía yo ser dueño. Hace algunos años comenzó para mí, en Toledo, el prólogo de un amor. En él creí hallar mi felicidad

futura, y para conseguirla, trabajé con fe y sin descanso lejos de mi patria. Pero como el amor es niño y no sabe dónde se posa, fué a dar en el vacío y yerto corazón de D.^a Aldonza de Cepeda, mi prima. Allí, el amor cedió a la vanidad; y mi desprecio siguió por fin a la ilusión primera. Yo, que era peregrino de la dicha, me detuve una tarde ante la Virgen, que es quien tiene en su mano la de todos los hombres. Ella me dijo, presto, dónde estaba la dicha verdadera, poniendo ante mis ojos la belleza y la humildad, reunidas en esta hermosa niña, que le pedía a aquella Dolorosa un poco de consuelo a sus tribulaciones. Ningún instante más propicio para unirse las almas que cuando sufren, y desde entonces, consideré unida la mía a aquella mujer que me brindó, para curar mis heridas morales, el bálsamo de la caridad contenido en un corazón puro y sencillo. Desde aquel día, el amor que comencé en Toledo, entró para mí, dentro de un venturoso epílogo.

Calló el caballero y prosiguió un silencio emocionante. Marta pensaba, en tanto, en aquel peregrino que la detuvo delante de la Virgen de los Dolores, y en las ofrendas de humildes alfileres que siguieron a aquella entrevista. La felicidad llegaba tras de perseguirla con fe y con amor.

Interrumpió el mutismo el caballero, y con voz arrogante y sonora, hubo de decir:

—¿Queréis, Marta, ser la esposa de D. Alvaro López de Cepeda?

Marta, entonces, asintió ruborosa a la pregunta, pero con el alma alborozada, al reconocer en D. Alvaro al apuesto mancebo que hubiera visto en sueños días antes.

.....

.....

La boda de Marta con D. Alvaro se celebró al poco tiempo con extraordinario esplendor. Varios fueron los días de fiestas y regocijos públicos en Toledo, con ocasión de tal acontecimiento, que despertó, en algunas, la emulación y hasta la envidia. Las muchachas toledanas de la época de Marta, ansiosas de felicidad y de un buen esposo, siguieron ofreciendo también alfileres a la Virgen de los Dolores, por si repetía la suerte con alguna de ellas, y desde aquel entonces, comenzaron a llamarle a la imagen «La Virgen de los Alfileritos».

Dicen, también, que D.^a Aldonza de Cepeda profesó en un

convento de Toledo, el mismo día de las bodas de D. Alvaro, y que la ceremonia fué tan pobre como la de la más humilde novicia. Fué, además, tan enorme su transformación espiritual, que resplandeciendo por su humildad, talento y virtudes, llegó a ser años después, la Abadesa del monasterio en que profesara. Y, cuentan, asimismo, que en sus ratos de buen humor, solía decir a sus compañeras de clausura, que sentía una gran devoción y un profundo agradecimiento por la Virgen de los Dolores, porque había tocado, con la gracia, su coxazón y le había deparado el mejor esposo: el Divino Jesús.

Ignoro si las toledanas de hoy conocen este cuento, y, por tanto, si su ejemplo las impulsa a depositar sus alfileres ante la Dolorosa de la calle de los Alfileritos; pero la fe y el amor, que son de todas las épocas, y que aún residen, por fortuna, en Toledo, llevan todavía a algunas a buscar sus esposos futuros con la intercesión de la Virgen, mediante la ofrenda previa de un alfilerito.

Ismael del Pan Fernández.
